

## *In memoriam* de un bibliotecario modélico

*Antonio Bonet Correa\**

Siempre me han admirado los antiguos bibliotecarios por la amplitud y la abundancia de sus conocimientos. Por regla general los que he tratado a lo largo de mi vida eran personas a las que se les podía preguntar si existía algún libro sobre tal o cual materia y en donde se podía encontrar un ejemplar del mismo y nunca fallaban y en todos los casos sabían responder positivamente, incluso si se trataba de la bibliografía acerca de algún asunto poco común. Era como un misterio. Nunca se acababa de saber cómo les funcionaba la mente y cómo se habían arreglado para registrar y retener en su memoria tal cúmulo de información libresca.

En la actualidad todo es diferente. Cuando se va a una biblioteca y se pide al funcionario de turno lo que se ha publicado sobre un determinado tema, lo primero que hace es acudir al ordenador y ver lo que en él está consignado. A continuación entrega el papel en el cual figura la lista de todos los títulos que existen o han sido impresos recientemente sobre el tema demandado. Rara vez el encargado de la biblioteca emite un juicio personal acerca de otras posibilidades bibliográficas que puedan encontrarse en otra sección o apartado fuera del dominio del ordenador. Si lo que se busca es un libro antiguo el problema es más arduo y parece ser irresoluble. Únicamente los repertorios genéricos y las recopilaciones especializadas pueden responder a lo que, muchas veces, no ha sido almacenado por el ordenador. Sólo cuando uno se encuentra con un bibliotecario erudito ve el cielo abierto y logra verdaderamente alcanzar el fin propuesto.

Estas nostálgicas consideraciones vienen a cuento a la hora de evocar la figura de José Ibáñez Cordá, que durante años fue el bibliotecario del, ya desgraciadamente, desaparecido Instituto de Cultura Hispánica. Gran profesional, era persona atenta y cordial, dispuesto siempre a proporcionar las noticias más variadas acerca de una bibliografía tan extensa y de difícil localización como es la de la historia de la literatura o historia del arte de Hispanoamérica. Ibáñez, que por su puesto

\* *De la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.*

había tenido el contacto directo y personal con muchos de los autores mismos del fondo bibliográfico cuya custodia le estaba encomendada y que además había viajado con frecuencia por Hispanoamérica, no sólo podía dar información precisa acerca de la edición del libro requerido sino que también podía emitir un juicio sobre el valor de su contenido o sobre la inteligencia y la pericia de quien lo había escrito o editado.

Dotado de sabiduría y de un espíritu vivaz y un humor un tanto cáustico, Ibáñez Cerdá era un magnífico contertulio. Con este sexto sentido que siempre han tenido los buenos bibliotecarios, los bibliófilos y los libreros de viejo o de ocasión, era capaz de sopesar la trascendencia y el monte de un libro con sólo ver su lomo. También, como buen profesional, en constante relación con los diferentes lectores e investigadores, era capaz de saber cual era el carácter y el talante de las personas con sólo verlas atravesar el umbral de la biblioteca del Instituto de Cultura Hispánica. Especie de zahorí, era el guardián y el dispensador de la sabiduría atesorada en los anaqueles de las salas repletas de libros que constituían el paisaje cotidiano de una vida consagrada a ayudar a los estudiosos de la cultura y del arte del Viejo y del Nuevo Mundo.

¡Lástima que en la actualidad vayan desapareciendo los bibliotecarios del talante y de la calidad de José Ibáñez Cerdá! Desde su fundación en el siglo XIX el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios ha sido una cantera de profesionales de primerísimo orden. La Parca, inexorable, ayudada por el tiempo, nos priva de la presencia de tan competentes o íntegros titulares. Ahora bien, su memoria perdurará vivía como ejemplo a seguir por las nuevas generaciones de bibliotecarios y amantes de los libros que sabrán recoger su magistral e inestimable legado intelectual.